

IN MEMORIAM
JAIME VALENTÍ ABREU
(23/4/1928-4/12/2010)

Por JAVIER PARICIO
Universidad Complutense de Madrid

A los romanistas, y no sólo a los ajenos al ámbito geográfico español, el nombre de Jaime Valentí apenas sí les sonará por algún que otro artículo sobre el matrimonio romano, pero cuantos conocimos de cerca a Jaime como compañero docente en el departamento de Derecho romano de la Universidad Complutense de Madrid nunca podremos olvidarle.

Jaime Valentí era hijo del político y polifacético escritor Antonio Espina (1894-1972), una sugerente figura de la generación del 27, aunque de ordinario no aparezca incluido en los elencos selectivos de la misma. En el campo político, Espina había sido gobernador civil de Ávila, antes de serlo de Baleares —tomó posesión el 1 de julio de 1936—, donde le sorprendería la Guerra Civil. Pasó la contienda armada en la cárcel de San Carlos de Palma de Mallorca, al término de la cual fue condenado a muerte; tras serle conmutada la pena, regresó a Madrid, donde obtuvo un relativo trato de favor gracias a la cobertura dispensada por el también escritor y político Rafael Sánchez Mazas.

En 1940 Antonio Espina se trasladó a París. En la capital francesa vivió algo más de un año, antes de emprender, como tantos otros exiliados tras la guerra, viaje con destino a México, donde residiría con su familia durante casi dos décadas. Fue en México donde Jaime Valentí cursó, simultáneamente, los estudios de Derecho y Filosofía y Letras —con excelentes calificaciones en ambas licenciaturas—, y donde surgiría el gran afecto, que siempre mantuvo, por Hispanoamérica y en particular por México. Cuando expiraba la década de los años cincuenta la familia regresó a Madrid, y poco tiempo después de tomar tierra española Jaime comenzó a ejercer como abogado, profesión que no abandonaría ya hasta el final de su vida. Gracias a las relaciones personales de su padre entró pronto en contacto con muchos escritores e intelectuales del llamado «exilio interior».

En 1964 Jaime Valentí contrajo matrimonio con Amparo Rodríguez de Zavala. Por aquel entonces conoció a Ursicino Álvarez, amigo de la fami-

lia de su mujer, y precisamente por sugerencia de don Ursicino se incorporó como docente de Derecho romano al Colegio Universitario «Arcos del Jalón», adscrito a la Universidad Complutense; tras el cierre del referido colegio universitario pasó ya a la facultad de Derecho. Hasta su jubilación como profesor en 1993, Jaime Valentí compaginó siempre la docencia de Derecho romano con el ejercicio de la abogacía, y aunque llegó a leer (en 1986) la tesis doctoral —realizada bajo la dirección de Juan Iglesias— nunca intentó su promoción como profesor numerario, a diferencia de lo que tantos otros hicieron, en todas las disciplinas, a finales de los años ochenta. En esa renuncia se debe destacar su gran generosidad, lo que puedo referir con pleno conocimiento de causa por mi condición, desde 1987, de director del departamento de Derecho romano de la Universidad Complutense. Recuerdo como si fuera hoy el día en que hablamos acerca de su posible promoción: me manifestó que dudaba mucho merecerla y, sobre todo, que había personas más jóvenes que él a las que no debía cerrar el paso.

Ese era el Jaime Valentí generoso, discreto y modesto de siempre, ajeno a cualquier lagotería. Pero no fue la única ocasión en que pude comprobarlo de modo eminente. Habría otras más, y una de ellas de especial relieve. En 1996 le propuse, por entender que era la persona idónea en función de las circunstancias concurrentes, que optara a mi relevo como presidente de la Fundación Ursicino Álvarez: él, con suma sencillez, me puso de manifiesto los motivos por los que prefería no hacerlo. Desde aquella conversación quedé ganado por él para siempre.

Jaime Valentí fue vicepresidente del Ateneo de Madrid (1994-1997, bajo la presidencia de Paulino García Partida), miembro fundador y secretario general de la Asociación Iberoamericana y Filipina de Ateneos (hasta que la enfermedad que terminaría con su vida se lo permitió) y director de la Asociación Cultural Benito Pérez Galdós. En el plano personal era tímido, sencillo, elegante en el trato, austero en el vestir y dotado de gran simpatía personal. Culto y tolerante, entroncaba con la mejor tradición del izquierdismo español. Su desaparición nos muestra, a cuantos fuimos sus amigos, lo que Jaime había significado en nuestras vidas: un alcance que quizás no habíamos sabido valorar en sus verdaderos términos hasta que la muerte nos lo ha puesto brutalmente de manifiesto. Jaime era un hombre, como de sí mismo decía Antonio Machado, «en el buen sentido de la palabra, bueno».